

EN VISPERAS DEL DIFÍCIL VIAJE DE JUAN PABLO II POR CENTROAMÉRICA

El viaje de Juan Pablo II por Centroamérica debe tomarse como un solo viaje, quizá con la exclusión de su estancia en el tenebroso infierno de Haití, donde las condiciones de pobreza rayan en la miseria y son mantenidas por un régimen represivo y totalitario, que no merece la menor condena de Estados Unidos simplemente por girar en la órbita del capitalismo. Las demás estancias en Panamá, Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala y Belice forman una unidad diferenciada, de modo que los mensajes y los gestos papales habrá que tomarlos en su conjunto, aunque cada nación deberá atender especialmente a lo dicho en ella.

Panamá y Costa Rica no ofrecen dificultad mayor desde el punto de vista de las tensiones sociales y de los conflictos políticos. Nicaragua ofrece el singular problema de un gobierno sandinista, al que se le tilda de marxista-leninista y que, sin embargo, ha dado toda suerte de facilidades a la visita del Papa; ofrece también la paradoja de unos obispos divididos que tienen que viajar a Roma y recibir de Roma un enviado especial para ponerse de acuerdo en el itinerario y en los gestos del Romano Pontífice. Honduras con apariencias democráticas psconde la realidad de una sociedad subdesarrollada e injustamente estructurada, con el agravante actual de ser uno de los pivotes donde se apoya el imperio norteamericano para vigilar la escena centroamericana y para hostigar al régimen sandinista. En Belice el Papa se encontrará con un pueblo que acaba de inaugurar su independencia y con unos gobernantes que hacen de su gestión política un servicio al pueblo. Lo de Guatemala es sencillamente horroroso ante todo por la terrible represión a la que se han visto sometidas las mayorías populares, especialmente las indígenas, pero también por el hecho de la lucha armada; se añade además el pintoresco caso de un general que hace de predicador protestante y que habla de iluminaciones y elecciones divinas para desarrollar su tarea de dictador.

Pero nosotros vamos a profundizar en el caso de El Salvador. El Papa lo conoce intelectualmente bien como lo demuestra su Mensaje a los Obispos de El Salvador del 6 de Agosto de 1982, sobre el que las fuerzas dominantes del país -y esto hay que decirlo



muy claramente al Papa para que sepa a qué atenerse- hicieron todo lo posible porque pasara inadvertido, sencillamente porque no les convenía, porque les comprometía muy seriamente. En el Mensaje se habla de que es la injusticia estructural la raíz de la violencia de El Salvador, se habla de la distinta orientación que mueve a los dos grupos en conflicto, se pide el cese en el uso de las armas por parte y parte, se exige un esfuerzo de reconciliación y de diálogo. Hasta aquí todo han sido oídos sordos por parte del Gobierno, de la Fuerza Armada, de las clases empresariales, de Estados Unidos y sólo el FDR y el FMLN se han mostrado propicios al diálogo, porque ellos mismos habían visto que en el diálogo podría estar la solución más racional y menos costosa.

El Papa, pues, se va a encontrar con unos tres últimos años, en los que se han superado las 40.000 víctimas, la inmensa mayoría de las cuales son civiles muertos por la represión perpetrada por el sector gubernamental o progubernamental; no se va a poder encontrar con más de 500.000 exilados que han tenido que huir de este pequeño país, porque en su propia patria eran perseguidos como alimañas. Aunque el recorrido que se le ha marcado va a impedir que vea con sus propios ojos la miseria del país, los trágicos efectos de la guerra y de la represión, los cadáveres destrozados y torturados, los niños y ancianos abatidos, el Papa sabe, debe saber, que todo esto existe, que esta es la verdad última más allá de lo que vea en Metrosur o en uno de los mejores colegios capitalinos o en una Nunciatura que es una de las mansiones más lujosas en uno de los barrios más selectivos de la capital. Le va a ser muy difícil al Papa "estar" experimentalmente en El Salvador; los que le han organizado el viaje han tenido buen cuidado de que sólo "pase" por El Salvador y que su "paso" no signifique el ponerse en contacto con el dolor de la muerte, con el polvo de los caminos, con el tronar de los aviones y de los morteros, con los ayes de la tortura, con el vacío de los desaparecidos. No es que este contacto sea indispensable pues sus doce horas en el país apenas lo permiten. En parte viene más a dar que a escuchar, supuesto eso sí que se ha enterado antes de lo que pasa en El Salvador, al que ha dedicado algunas frases de misericordia ~~durante~~ durante los tres últimos años.



Y esta es una de las grandes dificultades de su viaje en El Salvador. Tendría tanto que hacer el Papa, tanto que escuchar, tanto que consolar, tanto que recomendar... Y hay tan poco tiempo y ese tiempo está tan regulado... El viaje no se ha organizado en consulta con el pueblo de Dios: no se ha preguntado a las comunidades de base, a las parroquias, a los sacerdotes, a las comunidades religiosas qué es lo que ese pueblo querría de la venida del Papa. Entre las comisiones organizativas hay personas capaces de romper un poster en el que Juan Pablo II da la mano a Monseñor Romero diciendo: después de lo que nos ha costado borrar las huellas de Mons. Romero nos lo quieren meter de nuevo junto al Papa; entre los organizadores de la venida hay quienes piden que se retire ese mismo poster por el bien de la unidad de la Iglesia, como si pudiera haber unidad en la Iglesia de El Salvador sin la presencia viva de Monseñor Romero, celebrado en Milán, en Roma, alabado por el mismo Juan Pablo II. El Salvador y la Iglesia en El Salvador no pueden verse adecuadamente si no se toman para mirarla los ojos de Mons. Romero unido al Papa. Quienes no lo quieren entender así es que están enceguecidos. Para comprenderlo basta con leer el infame panfleto publicado con todo relieve por un presunto Movimiento Nacional de Salvación 28 de Marzo (día de las elecciones del año pasado) y en que se incluye el comentario sobre la retirada del poster con la efigie conjunta de Mons. Romero y de Juan Pablo II. ¿Quieren mayor claridad los que se obstinan en opacar la figura de Mons. Romero sobre a quién sirven con esa obstinación? Afortunadamente el Papa visitará catedral donde reposan los restos del Obispo Mártir, cosa que en principio no parecía ser del agrado de todos y esperamos que diga una palabra reivindicadora de su formidable figura pastoral.

Al Papa no le arredrará este cúmulo de dificultades y obstáculos. Sabemos bien de su coraje, de su valentía evangélica en la defensa de la fe y en la defensa de los derechos humanos; sabemos cómo es capaz de saltarse protocolos y vallas preestablecidas para ponerse en contacto directo con el pueblo, para escuchar los latidos de los corazones sufrientes, para doblegar a los soberbios y para ensalzar a los humildes. El



pueblo de El Salvador espera confiado la venida del Papa, porque sabe que esa venida va a procurarle paz, una paz basada en la justicia, en la verdad y en la libertad; sabe que esa venida va a favorecer a los más necesitados, a los que más sufren; sabe que esa palabra va a tomar tonos políticos cuando no rehuya tratar lo que es antes un problema de naturaleza ética que de naturaleza política.

El Papa finalmente no olvidará lo que acaba de escribir con ocasión de la "Jornada de la Paz" del 1 de Enero de 1983: "La experiencia histórica, incluso la más reciente, atestigua en efecto que el diálogo es necesario para la verdadera paz". Muchos son los que pretenden que no de carne a este mensaje en El Salvador. En los últimos días empezaron los ataques contra Mons. Rivera por ser uno de los defensores del diálogo, mucho antes de que éste fuera propuesto como solución por el FDR-FMLN; luego hemos asistido a la propaganda de Reagan, Schulz y Enders contra la negociación con una de las partes principales del conflicto; finalmente el propio Presidente de la República acaba de poner nuevas dificultades públicas a una política de diálogo total y sin condiciones. No es esta una de las dificultades menores con que se encontrará el Papa, pero sabrá abordarla. El sabe que hay un conflicto en el país, una lucha fratricida; él quiere remediar en lo que cabe ese conflicto. Y él nos acaba de decir que el diálogo es necesario para la paz. Un diálogo que obligará a ceder en sus pretensiones a ambas partes en conflicto. Ahora precisamente que la actividad militar de los dos lados ha llegado a su punto más alto en lo que llevamos de guerra durante estos dos últimos meses, se puede ver cuán necesario es un diálogo para encontrar la paz, un diálogo que respete la voluntad popular que quiere paz pero con justicia, que quiere justicia pero con paz. Gran misión pastoral la que le espera a Juan Pablo II. Ojalá todos le ayudemos evangélicamente y sin cálculos puramente humanos a realizarla de la mejor forma posible con la inspiración y la fortaleza del Espíritu.

